

Las ceremonias araucanas

POR

H. CLAUDE JOSEPH

Los araucanos celebran todavía sus tradicionales ceremonias del *ñecurehuen*, del *rehuetún*, del *machitún* y del *ngwillatún*, cada vez que las circunstancias las reclaman y permiten. Me ha sido posible presenciar estas ceremonias, enterarme de sus pormenores, fotografiar sus principales escenas y filmar partes notables de ellas.

Debo estos resultados a la valiosa colaboración del señor Gastón Echepeare, propietario de la hacienda Lanalhue, en cuya casa pasé tres temporadas, colmado de atenciones y con todas las facilidades para llevar a cabo una serie de investigaciones biológicas. Con el transcurso de los siglos las ceremonias han variado hasta presentar hoy día diferencias locales apreciables. De aquí provienen las diversas descripciones de los autores que han tratado de ellas.

EL ÑECUREHUEN.—En la celebración de las fiestas nombradas aparecen como actores principales los *machis*, personajes misteriosos, a la vez adivinos, médicos y sacerdotes. Su influencia sobre los otros mapuches llega a ser considerable por sus funciones múltiples, los poderes mágicos de que disponen y las ganancias que les trae el ejercicio de su profesión.

Muchos araucanos hablan de los machis con respeto y admiración, y consideran su presencia en una familia como una fuente de felicidad. Otros, generalmente más instruidos, los consideran como embusteros y confiesan no tener fe en sus artes mágicas.

La profesión de machi es practicada tanto por los hombres como por las mujeres. Estas últimas son más numerosas que aquéllos pero suelen tener menos prestigio.

La profesión de machi está reservada a un pequeño número de indígenas privilegiados llamados a estas elevadas funciones por el dios de los mapuches, «Ngueneche o Nguenemapu» dominador de los hombres y dominador

de la tierra. Varios machis me han narrado la historia de su vocación y las circunstancias que han acompañado su iniciación y consagración.

Durante un nguillatún celebrado en Huentelolén asistí al llamado repentino de una joven en plena fiesta. Su declaración provocó un alboroto sensacional entre los mapuches presentes.

Esta joven se hallaba mariscando en la playa cuando por primera vez sintió el llamado del Nguenemapu quien le dijo: «Hazte machi, te quiero machi». Este llamado fué interior y acompañado de dolores de entrañas que le hicieron perder el sentido. Vuelta en sí regresó a su ruca, contó a sus padres que había tenido «peuma» o visión y que debía ser machi. Los padres conversaron acerca del hecho con los vecinos, les pidieron su parecer y todos asintieron en que la joven había tenido verdadero peuma y que en consecuencia debía ser machi puesto que el Ngueneche la llamaba. Se alegraron mucho porque iban a tener una nueva machi.

Algunas predisposiciones orgánicas individuales existen siempre en el sujeto llamado por el Nguenemapu, según referencia de algunos machis. Sólo sirven para esta profesión las personas enfermizas que tienen dolores de estómago y del corazón y que se sienten frecuentemente con la cabeza mareada y la vista nublada. Los que son infieles a su vocación mueren jóvenes, castigados por el dominador de la tierra y de la gente. Los relatos de los machis acerca del origen de su profesión se parecen en que todos aluden al llamado sensible del Nguenemapu y difieren en cuanto a las circunstancias que lo han acompañado.

La iniciación del aspirante a machi empieza luego después del llamado del Ngueneche. Sus padres le buscan en las reducciones vecinas un profesional de buena fama. Este le enseña los cantos y los bailes rituales, el arte de tocar el *cultrun*, de curar y de *machitucar*, de echar el «*huecufe* y el *pillán*», como preparar los venenos, como descubrir y echar maleficios, las ceremonias del *nguillatún* y el modo de entrar en relaciones con el dominador de los hombres y de la tierra, en fin todos los secretos que han de hacer de él un buen machi.

La iniciación dura de varios meses hasta varios años según la edad del aspirante, sus aptitudes para aprender y la llegada de circunstancias favorables para su consagración. Asisten a todas las ceremonias públicas como ayudantes de los machis, observan con atención todos sus gestos y no se apartan de ellos un momento.

Los viejos profesionales ven con agrado a los jóvenes aspirantes a pesar de que éstos habrán de disminuir su clientela. Se consideran honrados de poderlos enseñar y los tratan casi como a iguales en las ceremonias. Sin embargo, la enseñanza no es gratuita. El aspirante o su familia suelen dar al machi instructor tanto para la iniciación como para la fiesta, una suma de cien pesos o su equivalente en especies.

Con una anticipación de varios meses la familia acuerda la fecha de

la consagración del aspirante. Esta ceremonia se llama «*rehuetún*» o plantación del «*rehue*». Se elige un tiempo en que la gente se halla desocupada como después de la cosecha. Entonces los mapuches tienen plata y víveres en abundancia. Los padres convidan a todos los indígenas de las regiones vecinas para la fiesta. Entre tanto hacen los preparativos inmediatos: matan un caballo viejo y unas diez ovejas y fabrican una pipa de *muday* para atender a los invitados. Estos conocen el «menú» del banquete y afluyen numerosos si abundan el licor y la comida.

Mientras tanto el aspirante se prepara a su consagración con una reclusión y un ayuno de cuatro días. Si es una joven permanece encerrada en una ruca con una machi vieja que le da las últimas instrucciones acerca de la ceremonia: lo hace repetir las fórmulas rituales, la hace cantar, tocar el *cultrun* y bailar. Dos *curiches* están de guardia al interior o en la puerta para que nadie entre a perturbar su retiro. Se le alimenta sólo con harina de avena mezclada con agua en poca cantidad. Está bastante debilitada para la fiesta.

La víspera, los parientes cortan un árbol y labran en el tronco una escalera maciza de dos a tres metros de largo llamada «*rehue*». Se planta el rehue en la tarde con asistencia de los invitados ya llegados. Se le inclina ligeramente para facilitar la ascensión a la parte superior y se le rodea con ramas de canelo de tres a cuatro metros de altura. Durante la erección del rehue se ejecuten bailes al toque de la *trutruca* y de las *pifilcas* y del *cultrun* de las machis llegadas...

En el sitio de la fiesta se han levantado ramadas para los invitados y éstos pasan la noche cantando, bailando y entregándose a diversos juegos. De madrugada, el día de la consagración, sale de la ruca y hace su aparición entre los indígenas reunidos que la estrechan y vitorean por todos lados. Queda como sepultada en medio de ellos, por momentos, hasta que empieza la ceremonia. Entonces se restablece el orden.

Allí están presentes varios centenares de indígenas con sus trajes de gala: los veteranos con sus *chiripás*, los mocetones a caballo con sus hermosas riendas y monturas y las mujeres con sus más brillantes adornos. El sonido lúgubre de la *trutruca* anuncia el principio de la función, los *curiches*, con sus caballos de palo entre las piernas, su espada de madera en la mano derecha y sus campanillas en la izquierda, empiezan el baile retrocediendo y retorciendo el cuerpo, los flautistas, bailando a saltitos, sacan alternativamente dos notas de sus *pifilcas*. Una media docena de machis con sus respectivos tambores tocan, bailan y cantan a compás. En medio de ellos está la joven con su *cultrún* nuevo y sus cascabeles. Aunque cansada aparece radiante. Se siente feliz viéndose rodeada de tanta gente. Se iza su pabellón blanco en lo alto de los canelos que rodean al rehue. El baile se organiza al rededor de éste y prosigue durante más de una hora acompañado de los cantos rituales. A una señal de la machi maestra de ceremonia se detienen.

Se reparten los cigarrillos y los viejos llenan de tabaco sus cachimbas. Unos y otros encienden y fuman lanzando hacia el cielo el humo ritual. Reanudan el baile, el canto y los acompañamientos de música con mayor animación que antes. Los machis sobre todo, golpean con fuerza sus tambores y saltan a gran altura. Están bañados en sudor y extremadamente sobreexcitados. Luego aparecen afectados por un hipo característico que entrecorta su canto con frecuencia y fuerza cada vez mayor. Una de las machis tiembla, aletea con los brazos como una persona que se cloroforma y entra en éxtasis. Pronto lo imita la joven y cae también en el mismo estado.

Este es el momento solemne: La machi que preside la ceremonia, armada con cuchillo de cuarzo lechoso o de fierro, con mango de madera, y con la vista vendada, lo mismo que la joven, toma una después de otra las manos de ésta y le hace en ambas una incisión en la yema de los dedos mayor y anular, hasta que corra sangre. Igual operación hace en sus propios dedos o en los de otra machi y una infunde la sangre de machi vieja a la joven aspirante para comunicarle los poderes y la destreza profesional.

En seguida, en medio de una gran gritería de todos los asistentes, que no permite distinguir los gemidos de los oficiantes, la vieja machi palpa la cabeza de la joven, le localiza la boca, con su mano izquierda, le ase la lengua y se la tira afuera y con el cuchillo de cuarzo le hace un corte longitudinal en la punta. De la herida corre bastante sangre. Se hace a sí misma una incisión igual en la lengua y tomando de su sangre con el cuchillo, la mezcla con la de la joven y le infunde con esto su espíritu dominador sobre el *huecufe* y el *pillán* y de intercesor entre los mapuches y el *Nguenemapu*.

Durante esta operación impresionante, la joven machi recobra el sentido. La vieja le aplica el remedio ritual que consiste en exprimírle sobre las heridas el jugo de los frutos del canelo. El efecto inmediato de este remedio es casi peor que el mal. El jugo del fruto del canelo aplicado sobre la lengua sana, es quemante y poco menos que insoportable.

Se fajan los dedos cuyas heridas cicatrizan en pocos días. En cuanto a la lengua, suele hincharse y quedar dolorida por más de una semana. Durante este tiempo la joven habla y come poco. Queda de esta manera obligada a prolongar su ayuno por varios días más.

La ceremonia no termina, sin embargo, con las incisiones. Hecha ya la consagración adornan a la joven con una piel de oveja recién desollada, le ponen encima guirnaldas de flores de copihue ensartadas en hilos y alternadas con callampas del género *Fomes*, llamadas vulgarmente orejas de palo. Con estos atavíos, sus adornos de plata, su cultrún y sus campanillas, sube bailando y tocando delante de toda la concurrencia las gradas de rehue hasta llegar a la plataforma superior. Bailan y suben detrás las otras machis. Dos de ellas la acompañan arriba y se balancean ligeramente hacia uno y otro lado. Las otras quedan bailando a distinta altura. Las de arriba despo-

jan a la joven de sus adornos recién puestos. Le quitan la guirnalda de flores y callampas que cuelgan sobre las ramas de canelo. Lo propio hacen con la piel de oveja. Tanto la guirnalda como el pellejo deben permanecer enredadas en las ramas como recuerdo de la fiesta hasta que destruidos por la acción del tiempo desaparecen poco a poco. Varios años después del rehuetun flotan todavía fragmentos del pellejo sobre las ramas secas del rehue.

La parte ritual de la ceremonia termina con la bajada del rehue. La joven baja la última, bailando y retrocediendo. A partir de este momento está acreditada y puede ejercer la profesión. Los mapuches la vitorean de nuevo y la llevan en triunfo. Cada uno la quiere ver de cerca, y estrechar en sus brazos. El banquete empieza. Durante la ceremonia no se ha descuidado su preparación. Los invitados se han agrupado por familia o entre amigos a lo largo de la ramada. Cada grupo ha recibido su ración de carne, de trigo y de muday. Las mujeres lo tiene todo a punto para las doce. La comida y la bebida son entrecortadas por cantos y bailes hasta la noche y sigue al día siguiente si sobran víveres y chicha. Pronto todo degenera en borrachera. Suelen entonces producirse riñas y peleas de grandes proporciones. Los indígenas vuelven a sus reducciones sólo cuando se ha agotado el licor.

A pesar de su tamaño, el rehue de la machi no dura tanto como ella si llega a una edad avanzada. La parte enterrada se pudre lentamente y el palo acaba por caerse. Cuando esto acontece la machi organiza para la renovación del rehue otra ceremonia parecida a la anterior, salvo la incisión en los dedos y la lengua. La misma ceremonia se impone cada vez que por un accidente o incendio es derribado o quemado. Al cambiar de residencia la machi procede en la nueva a la erección de otro rehue. Esta escalera tosca, labrada en un grueso tronco y rodeada de ramas es un emblema profesional indispensable a la machi. Plantado frente a la ruca en un pequeño patio es el distintivo que señala la residencia de todas las machis de Araucanía. Según las regiones son más o menos elevados y llevan ciertos adornos accesorios, como esbozos de cabeza esculpidas en relieve, entre la última grada y la plataforma terminal. Por lo común flamea en la cima de las ramas que rodean el palo, una banderita blanca. Desde lo alto del rehue los machis entonan sus cantos, prosiguen sus bailes y entran en éxtasis. De sus manos convulsas caen el tambor, los cascabeles y la ramita de canelo. Su cuerpo pierde el equilibrio y cae en los brazos de sus acompañantes o en la frazada que éstos le tienden.

Además del rehue, emblema fijo y permanente frente a sus habitaciones, los machis tienen otras insignias portátiles que usan en todos los actos de su profesión. Estos son el cultrún, la huasa y los cascabeles. El cultrún es una especie de tambor primitivo compuesto de una caja sonora y de una membrana vibrante. La caja sonora consiste en un cono circular de madera labrado exteriormente con hacha y excavado cuidadosamente desde la base hacia

la región truncada. Esto cono invertido se asemeja a un gran plato hondo de madera. La membrana vibrante es una piel de oveja previamente raspada que obtura la abertura del cono hueco. Se le imprime la tensión conveniente con un sistema de cuerdas entrelazadas sobre los costados. Casi siempre se usan para este oficio cuerdas fabricadas con crines de caballo. Una manilla de cuero permite sujetar el cultrún por la parte truncada. Los machis dibujan sobre la membrana, con sangre de animales o con tinta roja, signos simbólicos poco variados. Ordinariamente consisten éstos en dos pares de líneas paralelas que se cruzan en medio, formando ángulos rectos. En el centro de los cuadrantes laterales dibujan un anillo del cual irradian ocho motivos decorativos en forma de T. El cultrun tiene un aparato auxiliar indispensable, el *trepu cultrunhue* o varilla forrada en una de sus extremidades para golpear la membrana vibrante. El sonido del cultrún se oye de varios kilómetros de distancia. La resonancia aumenta con el grado de tensión de la membrana y disminuye con el estado higrométrico de las piezas. Cuando se halla húmedo, la machi lo calienta encima de las brasas hasta hacerle recobrar su sonoridad habitual. Lo lava cuidadosamente, lo pinta de nuevo y lo seca para que esté a punto de servir en la víspera de las grandes ceremonias.

Algunos machis tienen un tipo de cultrún diferente del anterior y de forma más parecida a la del tambor ordinario. Se compone de un segmento de tronco cilíndrico excavado interiormente, cuyas aberturas se hallan obturadas una y otra por una piel de oveja o de vaca. Se les imprime la tensión necesaria como en el tipo anterior, por un sistema de cuerdas laterales entrelazadas y tirantes.

La mano que sujeta el cultrún sostiene al mismo tiempo un arco del cual penden de cuatro a seis cascabeles de plata o de bronce.

La huasa usada por algunos machis de Temuco es una calabaza hueca a la cual han adaptado un mango de madera. Introducen al interior piedrecitas o arvejas que producen una verdadera sonajera al sacurdirlas.

La machi recién consagrada empieza por ejercer sus funciones en las reducciones vecinas. Su futura clientela depende del éxito de sus primeras curaciones, de la solemnidad que imprima a los machitones y nguillatunes. Los mapuches reconocen luego a los buenos machis, y les pagan fuertes sumas cuando reclaman sus servicios mientras que a los malos les tienen desconfianza y hablan mal de sus actividades.

En virtud de sus atribuciones ordinarias la machi cura las enfermedades, descubre y echa los maleficios, prepara los remedios y en ciertos casos los venenos, entra en relaciones con el ser supremo dominador de los hombres y de la tierra, especialmente durante sus éxtasis en las ceremonias del nguillatún.

EL MACHITÚN.—Los araucanos soportan sus enfermedades con estoico valor. Atacados gravemente por el mal se acuestan en una rústica cama o se tienden en el suelo cerca del fuego y esperan su curación de las virtudes de ciertas plantas o de la ciencia mágica de los machis. Al intervenir éstos en la curación del enfermo lo hacen por medio de una ceremonia llamada machitún.

Se debe distinguir el machitún propiamente dicho de la aplicación de los remedios llamada «*lahuen*». En el machitún solemne, el machi entra en éxtasis y declara la causa del mal así como el remedio correspondiente. Asisten a la ceremonia numerosos invitados en calidad de ayudantes.

No todos los enfermos se hallan en situación de recibir el machitún. Los honorarios de los machis son subidos. Vive en Maquehua uno que tiene fama de buen machi y suele cobrar hasta cien pesos para machitucar. Si los interesados no tienen plata deben pagar con animales. El pago habitual consiste en una o varias ovejas y en los casos difíciles y para los araucanos más ricos pide un caballo o una yunta de bueyes.

A un araucano que me confirmaba la efectividad de tales sueldos le manifesté mi extrañeza de que pagaran tanto por esta ceremonia corriente y de resultados inciertos. Contestó que los médicos cobraban más caro todavía cuando hacían operaciones y que los machis sabían operar como cualquiera de ellos. Además, agregó, más vale la vida que una yunta de bueyes. En apoyo de su afirmación refirió que su padre, rico cacique de Maquehua, dueño de novecientos bueyes y vacunos, enfermó gravemente, pero no creía en la ciencia de los machis y rehusó los servicios de uno que le pedía una yunta de bueyes para machitucarlo. Además estaba muy apegado a sus animales y no quería soltar ni uno. Al fin murió y empezaron también a morir los bueyes hasta el último. Sus hijos quedaron sin nada y tuvieron que ir a trabajar a la Argentina. Los animales, añadió, murieron de picada o carbunco y se les entró esta enfermedad porque mi padre no quiso dar la yunta de bueyes pedida por el machi.

En la región de Lanahue y Purén el machitún solemne se practica de la siguiente manera. Se tiende el enfermo de espalda sobre una frazada en medio de la ruca, se planta una rama de canelo frente a los pies y otra frente a la cabeza. La machi con el cultrún, los cascahuillas y el cuchillo para operaciones, se sienta sobre las piernas cruzadas a un lado del enfermo. Doce hombres armados con palos de chueca la acompañan alineados, seis de un lado y seis del otro. La machi inicia sus invocaciones y toca el cultrún mientras los hombres bailan y gritan. A una señal de la machi los seis hombres alineados de un lado, capitaneados por uno que lleva un sable de madera, salen atropelladamente blandiendo sus palos para ahuyentar al mal espíritu causante de la enfermedad. Cuando llegan afuera un grupo de jinetes prosigue al galope la persecución del espíritu hacia la montaña. Mientras

tanto los seis hombres vuelven al interior y toman sus puestos al lado del enfermo. La machi continúa sus cantos y su tamboreo. A una nueva señal los seis acompañantes del lado opuesto salen con precipitación amenazando también al espíritu del mal con sus palos y los jinetes lo persiguen a caballo como anteriormente. Por tres veces salen así alternativamente los dos grupos. En la cuarta salida los doce hombres se lanzan con más fuerza hacia la puerta, seguidos por la machi y los jinetes prosiguen la persecución.

El baile se anima. Los asistentes con los ruidos de chueca y gritos excitan a la machi y entran con toda rapidez a operar al enfermo. Los hombres toman su colocación poniéndose seis a un lado y seis a otro, cruzan las chuecas formando techo sobre el enfermo y gritan con fuerza. La machi arrodillada descubre el cuerpo del paciente y hunde en la parte enferma la piedra blanca y cortante. Aprieta la herida con vigor y en este mismo instante tiene una visión. Extrae de la herida el daño y el remedio le aparece de repente.

Algunas veces le llega en las manos y lo muestra a los presentes. En otras ocasiones se limita a decir su nombre y los deudos prestan mucha atención para no olvidarlo. Si la región enferma se halla situada en la cavidad abdominal o torácica, la machi hace la incisión en el costado derecho a la altura del hígado. Llega hasta descubrir la vesícula biliar, la examina y en algunos casos la arranca. Se la recibe en un plato de greda. Con rapidez llevan la hiel afuera y encienden fuego para quemarla. Arde como grasa. No se debe quemar en el interior de la ruca porque es un veneno muy fuerte que se podría pegar a los presentes y comunicarles la misma enfermedad.

Si la machi recibe el remedio en las manos lo aplica ella misma sobre la herida, cubre la llaga con hojas de canelo y se faja bien al operado. En un plazo que varía de una semana a veinte días, el enfermo sana o muere. En el primer caso sólo queda una cicatriz de cinco o más centímetros. Tal es la descripción del machitún dada por dos machis de Lanalhue y Huentelolén.

No he asistido en estas regiones al machitún verdadero. Sólo he presenciado un simulacro en el que la machi no hizo uso del cuchillo de piedra.

Preguntando a los mapuches acerca de las operaciones practicadas en el cuerpo de los enfermos por los machis, se obtienen numerosas respuestas que afirman su efectividad. De paso por Purén recibí aviso de la celebración de un machitún a poca distancia del pueblo. Llegué a la ruca cuando se terminaba la ceremonia. Al pedir datos acerca del enfermo y del machitún uno de los parientes quiso obtener de la machi que repitiera la ceremonia en mi presencia, y para decidirla le ofreció diez pesos. No quiso aceptar sin consultar antes el espíritu. Se retiró al interior de la ruca para hacer la consulta. A los cinco minutos mandó decir que el espíritu se oponía a la repetición del machitún hasta el día siguiente a las tres de la tarde. Como debía abandonar a Purén más o menos a la misma hora se procuró convencer a la

machi que lo hiciera antes, pero todo fué inútil. En Maquehua asistí a un Lahuentún aplicado por el más famoso machi de la región. Lo visité para conversar acerca de sus maravillosas curaciones y de la fama que le habían valido a muchas leguas de distancia en Collipulli. Angol y Traiguén. Al mostrarle algunos retratos de machi, consintió después de muchas vacilaciones en que lo retratara con sus aparatos rituales, primero de pie y después sentado. Se mostró muy reservado al hablar de su actuación como machi. Luego manifestó que le llamaban urgentemente para un machitún a mucha distancia. Un mapuche, pariente suyo, recién llegado de Argentina, me informó que la enferma se hallaba en una ruca vecina y que se podría asistir a la curación tan luego como hubiera empezado sus cantos el machi. Diez minutos más tarde llegaba a la ruca acompañado de un joven estudiante y del pariente. Nuestra llegada agradó poco al machi. En cambio los parientes de la enferma nos recibieron bien y le pidieron que hiciera la ceremonia completa en nuestra presencia. La enferma envuelta en frazadas, estaba acostada cerca del fuego con una fiebre alta y los síntomas habituales de una pulmonía. Su estado grave causaba poca preocupación a los miembros de la familia. Las hijas de la doliente preparaban lo necesario para la ceremonia. Cuando todo estuvo a punto tendieron varios pellejos en el suelo y entre la puerta y el fuego. La enferma se quitó el trarihue y se acostó de espaldas sobre los pellejos conservando por todo vestido su chamal desabrochado, se extendió encima un ancho pontro, y la ceremonia empezó.

El machi se arrodilla cerca de la cabeza mientras le traen una gran batea llena de agua caliente y ramas de laurel (*Laurelia aromática*) y de maqui (*Aristotelia maqui*) con hojas verdes. El machi deshoja las ramas de laurel y sumerge las hojas en el agua caliente. Hace lo propio con las hojas de maqui. Mezcla el conjunto con ambas manos y lo revuelve en el agua caliente. De repente toma un puñado de hojas, se las lleva a la boca y a la nariz. Por estos órganos absorbe el agua y la expulsa violentamente hacia el cielo produciendo tres chorritos de finísima lluvia que cae sobre la enferma. Repite la misma operación inmediatamente y con mayor fuerza acompañándola de una serie de muecas.

Con las manos llenas de hojas mojadas en agua caliente ejecuta sobre la cabeza de la enferma un verdadero masaje al mismo tiempo que entona su canto ritual.

Buen remedio te daré
 Con mi remedio sanarás
 Que Ngueneche te sane
 Que eche de ti todo mal.

El canto prosigue durante todo el machitún con algunas variantes. El masaje se extiende al cuello, a los hombros, al pecho y al abdomen y a la

espalda. Cada dos o tres minutos renueva el puñado de hojas mojadas y bota las que ya han servido. El cuerpo de la enferma frotado enérgicamente queda al fin empapado en agua tibia. Durante el masaje la enferma se queja y se retuerce pero el machi continúa sus fricciones sin aparentar la menor emoción y sin tomar mayores precauciones. Da por terminada la primera fase después de frotar por lo menos cinco o seis veces cada parte del cuerpo. El masaje se hace con decencia, por debajo del pontro, frazada que en todo momento cubre a la enferma.

Para la segunda fase el machi siempre arrodillado en la posición anterior toma en su mano derecha la huasa y los cascahuillas. Los agita frenéticamente por momentos y después sigue con evoluciones más lentas y solemnes para envolver al mal espíritu, canta con un tono en relación con sus movimientos para encantar al mal y ahuyentarlo. Sacude la calabaza que contiene piedrecitas y los cascahuillas con insistencia sobre la cabeza durante diez minutos. Toma un manojo de ramas verdes de maqui y de laurel y describe volutas con él sobre la enferma acompañado por un canto inarticulado y nasal. Estos encantos duran diez minutos. El machi suelta el ramillete, vuelve a tomar los cascabeles y la huasa y por un período de diez minutos los agita como antes. Para terminar esta segunda fase se arma de un manojo de ramas de los cascabeles y de la huasa y repite los signos cabalísticos, las muecas y los cantos parecidos a los precedentes durante diez minutos.

Esta segunda fase consta de tres períodos de igual duración.

El machi inicia la tercera siempre arrodillado. Toma el cultrún y los cascahuillas, sostiene el tambor verticalmente, lo baja en esta posición y le pega con la varilla o trepu cultrunhue tres fuertes golpes, lo invierte sobre la enferma y le pega una serie de seis golpes de intensidad creciente, 1-2-3-4-5-6 y después tres iguales I I I seguidos de una serie de dos recios separados por una corta pausa, ii-ii-ii-ii-

Hace evoluciones lentas con el cultrún, lo balancea y lo eleva y baja alternativamente sobre la enferma. En seguida adopta una manera de tocar compuesta de dos golpes débiles y uno fuerte, iiiiiIiiI acompañado del canto muchas veces apenas articulado. Aparece absorto en sus delicadas funciones sin preocuparse de lo que se dice a su lado, eleva la vista hacia el techo de la ruca y hace periódicamente muecas amenazadoras. En esta forma toca el cultrún, hace sonar los cascabeles y canta durante una hora. Termina esta fase bruscamente elevando el tono del canto y aplicando sobre el cultrún en posición vertical seis golpes de intensidad creciente 1 2 3 4 5 6. Entonces se entrega al descanso, se seca el sudor de la frente, enciende el cigarrillo ritual y lanza bocanadas de humo hacia la enferma.

En la primera parte de la ceremonia se notan tres fases que duran juntas cerca de dos horas. Mientras el machi fuma la enferma se queja las-

timosamente y todo su cuerpo está animado de violentos escalofríos. Suplica que se le de agua tibia para calmar la sed que la devora. Tras una pausa de un cuarto de hora el machi empieza la segunda parte de la ceremonia. Es parecida a la primera y se compone también de tres fases: del masaje con hojas de maqui y laurel mojadas en agua caliente en la primera; de las evoluciones con la huasa, los cascabeles y un ramillete de ramas en la segunda y del toque del cultrún con cascabeles en la tercera. Al terminar esta segunda parte que también dura dos horas, el machi fuma otro cigarrillo. Descansa un rato y efectúa la tercera parte de la ceremonia parecida a las dos anteriores. El machi canta y gesticula durante seis horas para la aplicación del remedio.

Al llegar cerca de la enferma no la examina ni le pregunta lo que siente. Da sus órdenes a los presentes para que le preparen lo necesario. Emplea diferentes plantas tales como el canelo, el codocoipu, el lingue que no parecen dotadas de virtudes medicinales especiales.

Por las tales aplicaciones con las ceremonias anexas cobra las fuertes sumas ya indicadas. ¿Qué esperar de la eficacia de remedios que guardan tan poca relación con la dolencia que se pretende curar? En muchos casos agravan el estado del enfermo y anticipan la hora de su muerte.

Algunos indígenas saben diagnosticar varias enfermedades y aplicarles remedios eficaces tomados del reino vegetal. Conocen las propiedades curativas de muchas plantas y las recetan con discernimiento en los casos oportunos. Pero estos individuos se distinguen de los machis por su falta de pretensiones y un buen sentido notable. Examinan a los enfermos con atención y les preguntan acerca de sus dolencias. Al desconocer las causas del mal no vacilan en declarar su ignorancia. Con frecuencia se oye hablar entre los mapuches de maleficios capaces de producir enfermedades y aún la muerte, tanto de los hombres como de los animales. Por venganza, envidia o maldad, el brujo lanza un maleficio contra una persona por cuenta propia o por encargo de un tercero. Para que resulte el maleficio el brujo procura conseguir alguna prenda de su víctima: algunos cabellos, fragmentos de uña, un diente o, lo que es más fácil, pedazos de vestidos. La sepulta en un lugar secreto lanzando imprecaciones contra el individuo perseguido y lo entrega al huecufe para que enferme o muera y así como sepulta la prenda, haga que pronto sea sepultado el dueño de ella. Aunque lleno de juventud, salud y prosperidad la persona sobre quien recae un maleficio no tarda en sentir sus efectos y se halla luego en una situación alarmante o desesperada según informan los araucanos entendidos en estos asuntos. Los remedios ordinarios no sirven para esta clase de males. Los machis que pueden contrarrestar los efectos de los maleficios son muy contados. La imaginación de los indígenas exagera sin duda el poder de los brujos y es probable que la casi totalidad de sus desgracias y enfermedades se deba atribuir a causas naturales.

Los brujos y los machis saben sin embargo preparar venenos cuya acción no es ilusoria. Se ocultan para fabricarlos y los conservan en lugares secretos según referencias de algunos indígenas de Lanalhue y Maquehua, los elaboran con culebras, sapos y lagartijas, triturados en un mortero y abandonados a una putrefacción prolongada. Suelen agregar raspadura de huesos desenterrados de los cementerios. Filtran la mezcla con un paño y obtienen un líquido de propiedades tóxicas, empleado para envenenar. Lo guardan en un cantarito envuelto en trapos.

Algunas gotas ingeridas con la comida o la bebida bastan para producir la intoxicación mortal. La acción del veneno es lenta pero segura. El sujeto que lo ha tomado sin darse cuenta siente un malestar general en los días que siguen a la ingestión, enflaquece paulatinamente, se halla deprimido y falto de apetito. Su estado se agrava cada día más hasta que al cabo de algunos meses está completamente agotado. Desde hace tiempo se da cuenta que está envenenado, y sabe que para él no hay remedio. La piel toma una coloración plomiza y se aproxima cada día más a los huesos. Sus facultades lo acompañan hasta sus últimos días y con frecuencia hasta la hora de su muerte. Muere víctima de la envidia, de la venganza o simplemente de la maldad de los que fingieron ser sus amigos.

EL NGUILLATUN.—Los araucanos creen en la existencia de un ser supremo de naturaleza espiritual a quien llaman Chau Nguenechen-padre dominador de los hombres, o simplemente Ngueneche, dominador de los hombres y Nguenemapu dominador de la tierra, y de los seres que la pueblan. De él no tienen ninguna representación gráfica. Este ser es todopoderoso y cuida de los hombres que le hacen rogativas. Periódicamente y en todas las circunstancias difíciles de la vida los araucanos lo honran con el Nguillatun, ceremonia solemne en la cual le sacrifican animales para conseguir favores y protección.

Después de un largo período de sequía organizan un nguillatun para obtener lluvias. Si éstas caen en exceso a punto de comprometer el porvenir de las cosechas, efectúan otro para tener buen tiempo. Si se declara una enfermedad contagiosa, si se produce un terremoto o una calamidad pública celebran por todas partes grandes nguillatunes para conseguir la cesación del azote. En tiempo normal acostumbran celebrar uno o dos al año, antes de las cosechas para que éstas resulten buenas o antes de efectuar las siembras. Ciertas reducciones lo celebran solamente después de las cosechas a fin de tener la plata y las provisiones necesarias. No faltan casos en que la organización de un nguillatun depende de algún fenómeno extraordinario como el de una visión en lugares apartados o si al regreso del pueblo por la noche, uno o varios araucanos tienen «peuma». El espíritu dominador de los hombres les aparece en forma de animal y los habla: «Estoy muy enojado

con vosotros porque no me hacéis más Nguillatun. ¿Por qué me han olvidado mis corderos? Los visionarios refieren su encuentro y los visionarios propagan la noticia rápidamente por la reducción. Piden el parecer del cacique y él resuelve celebrar un nguillatun para prevenir algunas desgracias posibles.

Con motivo del terremoto de Talca los araucanos celebraron numerosos nguillatunes. Consideraron el terremoto como un castigo del Chau Nguenechen contra los Wincas por sus maldades contra los mapuches. Algunos indígenas de Cañete, Lanalhue, y Huentelolén oyendo hablar del maremoto pensaron que se iba a producir la salida del mar en Araucanía como más al norte y acordaron la celebración de un nguillatun para evitar esta gran ruina.

Los habitantes de estas regiones conservan el recuerdo de un gran maremoto que destruyó todas las reducciones de la costa y ahogó a los moradores salvo los que se hallaban en la montaña. El cacique de Huentelolén acordó la fecha y el lugar de la ceremonia. El domingo 13 de Enero se iban a reunir en la loma de Huentelolén para celebrar la fiesta al día siguiente. Las invitaciones se hicieron con ocho días de anticipación a todas las reducciones vecinas. El *Nguenpin* o *trañpun* llegando a las rucas exponía a los moradores el objeto de su viaje. Heme aquí, pues, llegado hasta vosotros. Mi cacique Catrileo dice: «hagamos un gran Nguillatun en Huentelolén para que no venga sobre nosotros la gran ruina del norte, para que no salga el mar, para que estemos sosegados y tengamos buena cosecha. Las otras reducciones hicieron ya su nguillatun. También haremos el nuestro, el Domingo y lunes de la otra semana. El enviado recibe buena acogida por todas partes. Los invitados empiezan los preparativos con harto entusiasmo para que resulte bonita la fiesta, las mujeres fabrican el *muday* y el *mote* y limpian sus adornos de plata, los hombres escogen los animales para el sacrificio, alistán los cuchillos, las *pifilcas* y las *trutruucas*. Los jinetes ensayan sus caballos. La víspera el dueño de la fiesta planta la ramada. Los vecinos le ayudan a cortar las ramas y a levantar las empalizadas contra el viento del Océano Pacífico. Confeccionan pequeños tabiques divisorios para separar a la gente en grupos y techos de ramas contra los ardores del sol. Lo hacen todo con boldo (*Boldoa fragrans*). En la tarde del día señalado llegan de todas las direcciones los caciques vestidos a la antigua, los mocetones a caballo, las carretas con los víveres, las mujeres adornadas con sus más hermosas prendas, las machis con sus tambores, los curiches con la cara pintada, armados con sus sables y caballos de madera, los músicos con las pifilcas y trutruucas. Los personajes de importancia se saludan con prolongados discursos y los demás con un simple *Peñi* o *lahuen* lanzado a toda boca. Se procede a la plantación del rehue que consiste en este caso en dos arbustos de canelo plantados a dos metros de distancia y unidos a un metro veinte de altura, por varios palos horizontales. Se considera como altar del sacrificio

y lugar donde se ofrecen al *Chau Nguenechen* las víctimas y todas las peticiones de los araucanos presentes. En lo alto de las ramas flamean tres banderas de distinto color: una blanca para conseguir el buen tiempo, una azul como símbolo de la paz que ha de reinar entre ellos y la tercera roja para evitar la gran ruina del Norte y la salida del mar. Conforme van llegando los animales destinados al sacrificio los acuestan amarrados cerca del rehue. Se organizan bailes accesorios que duran hasta la media noche o hasta que cansados se acuesten en el suelo al abrigo de las ramadas. La ceremonia propiamente tal empieza a la salida del Sol. Los araucanos reciben sus primeros rayos con grandes muestras de alegría: se colocan en semicírculo al rededor del rehue en dos o tres filas y con una rama de canelo en la mano o una fronda de helechos gigantes (*Alsophila quadripinnata*). Tocan la trutruca mientras vendan la vista de la machi con un pañuelo blanco. Con el cultrún, las cascahuillas y una ramita de canelo en la mano izquierda el trapecultrunhue en la derecha, la machi inicia los cantos rituales: Los curiches u hombres negros llamados así por su costumbre de pintarse la cara, se colocan frente a ella con una caballo de madera entre las piernas, un sable de madera y una ramita de canelo en la mano derecha, los cascahuillas en la izquierda. Llevan también anudado sobre la cabeza un pañuelo blanco que no alcanza a taparles la vista. Estos dos acompañantes inseparables de cada machi bailan retrocediendo delante de ella y ejecutan series de contorsiones y de muecas con una seriedad y una constancia que sorprende a los que las presencian por primera vez. Otro personaje, el Nguenpin o director de la ceremonia, armado de un sable de madera toma también colocación al lado de la machi. Los curiches encabezan entonces un desfile alrededor del rehue y bailan retrocediendo seguidos por la machi y el nguenpin. Los otros grupos vienen detrás bailando, cantando y llevando en alto sus ramas. La machi canta también acompañada de sus asistentes y todos los presentes le contestan periódicamente por una exclamación prolongada *ih ih ih...* haciendo eco a las notas finales del canto ritual. Los jinetes capitaneados por uno que lleva una bandera blanca dan tres vueltas al galope alrededor del rehue y en un radio de cuarenta a cincuenta pasos para no atropellar a los del centro. Terminan con una carga a fondo en dirección a la cordillera gritando *awün awün awün!*... Reiteran estas tres vueltas muchas veces durante el nguillatun en señal de regocijo y para ahuyentar al mal espíritu que podría venir a malograr los resultados de la fiesta. Tienen buen cuidado de expulsarlo siempre en la misma dirección, hacia la montaña.

Por su parte los curiches y el nguenpin armados con sables de madera tienen por misión de perseguir a los perros atraídos por el olor de los alimentos y de la sangre. Los perros son considerados entonces como indeseables y capaces de hacer fracasar la ceremonia con su presencia. Por eso los encargados de alejarlos desempeñan su cometido con un celo que en otras ocasio-

nes podría llamarse crueldad: los incautos que se aventuran por el recinto de la fiesta, reciben raciones de palos suficientes para quitarles la gana de volver y huyen aullando. En pos de los *curiches* y de los *machis*, de los *piflcatufe* y de los que tocan la *trutruca*, el pueblo sigue en procesión bailando y cantando hasta dar veinticuatro vueltas en torno del rehue, esta interminable serie de vueltas que dura cerca de dos horas sirve de preparación al sacrificio. En las últimas vueltas elevan el tono de los cantos y de los instrumentos de música mientras los bailarines saltan a mayor altura. Con golpes precipitados y recios sobre el cultrún la machi señala el fin de su canto. Todos descansan un momento y se secan el sudor, satisfechos de su actuación. Se observa en todos los mapuches que toman parte en la ceremonia una gran seriedad y un profundo sentimiento religioso, una aplicación intensa en realizar todos los actos del culto en la forma tradicional.

La machi da la señal para inmolar las víctimas. Los dueños de los animales agarran cada uno el suyo y con dos o tres ayudantes le cortan el cuello y reciben la sangre en platos de greda o en lavatorios de loza y la revuelven con una ramita de canelo. Luego depositan estas vasijas a los pies del rehue y se dedican a desollar los animales. Mientras tanto la machi y sus acompañantes entonan un canto de ofrecimiento global de la sangre. Se alinean los vasos en dos filas paralelas a uno y otro lado del rehue. El cacique se arrodilla en medio de la primera fila, los mapuches de edad más avanzada se arrodillan a continuación y por ambos lados, luego los hombres maduros y en los extremos de la fila los jóvenes. En la segunda fila se arrodillan las mujeres con la machi en medio. Jinetes llegan, se alinean detrás y forman una tercera fila. Los hombres con la cabeza descubierta, el vaso ritual en la mano izquierda sumergen con la mano derecha una punta de oreja de cordero o una hoja de canelo en la sangre y la elevan hacia el cielo entonando su canto de ofrecimiento:

Chau Nguenechen
 aquí están tus hijos reunidos
 dominador de la tierra
 para celebrar tu nguillatun
 aquí estamos pues todos
 padre dominador de los hombres
 te ofrecemos esta sangre de nuestros animales
 para que no haya ruina
 para que estemos sosegados
 y que no salga el mar.
 Hoy pues te celebran nguillatun
 los mapuches de Huentelolén.

La sangre gotea de las hojas levantadas y cae sobre el suelo. Pero vuelven a sumergir sus hojas y repiten con voz suplicante su ofrecimiento. Las mujeres imitan a los hombres elevando sus manos y sus gritos hacia el cielo. Los jinetes reciben los vasos rituales de manos de los ancianos y a caballo elevan también hacia el dominador de los hombres la sangre de las víctimas. Este ofrecimiento respetuoso dura cerca de un cuarto de hora. Se recogen las vasijas y se las agrupa cerca del rehue.

Las mujeres llena de muday otros cántaros y los alinean en doble fila como para la sangre. El cacique vuelve a ocupar su puesto así como los ancianos, los jóvenes y las mujeres.

Arrodillados todos y con la cabeza descubierta los hombres elevan hacia el cielo su cántaro de muday y lo derraman de a poco sobre el suelo cantando nuevamente:

Chau Nguenechen

Hoy pues te celebramos Nguillatun
 nuestro alimento te pedimos
 con trigo, maíz, papas y arvejas.
 Te ofrecemos este muday
 para que tengamos buen tiempo
 en nuestra cosecha
 que no llueva sobre nuestro trigo y avena
 que no mueran nuestros animales
 tu nos conservarás pues, padre bueno
 porque hoy te hacemos nguillatun
 que no se enfermen nuestros hijos
 Danos harto maíz para muday
 y otra vez te harán nguillatun
 tus corderos umh umh umh!

Después de un corto descanso reanudan el baile alrededor del rehue los jinetes corren el awün periódicamente.

La machi, los curiches y acompañantes bailan el *Choike purum* dando saltos de treinta a cuarenta centímetros de alto. El Nguenpún informa a la machi sobre el desarrollo de la ceremonia. Se la describe nombrando a los presentes y dándole a conocer la actuación de cada uno. Ella incluye los datos en su canto y los transmite al dominador de los hombres prometiendo bienes a los presentes y amenazando a los que no han querido acudir a la fiesta. En esta forma da de diez a doce vueltas en torno del rehue y termina por tres más rápidas que da sólo precedida por los curiches. Con frecuencia cambia su manera de tocar el cultrún. Se halla afectada por un hipo que entrecorta su canto y le da un tono llorón. El sudor le corre por la frente y por

momentos se halla presa de un castañeteo de dientes. Se arrodilla cerca del rehue y de los vasos rituales llenos de sangre y con la cara vuelta hacia el oriente. Los curiches se colocan enfrente y bailan sin cesar con sus caballos de palo entre las piernas y haciendo sonar dos cascahuillas. El Nguenpún se mantiene al lado. El cacique llega para hacer su rogativa particular al dominador de los hombres. Expresa sus deseos al Nguenpún que los transmite a la machi y esta los canta al Chau Ngueneche. Por su intermedio las alabanzas y las peticiones le llegan más fácilmente y le son más gratas. Los otros mapuches se acercan por turno para hacer sus pedidos, acerca de la salud de su familia y de sus animales, que no les sobrevenga ningún mal, que tengan mucho trigo, papas y arvejas. La transmisión lenta y cantada de tantos intereses particulares, exige más de una hora. Después de dirigir al padre dominador de los hombres alabanzas y súplicas de todos la machi tiene una entrevista con él, sea frente al rehue durante el baile o sea cuando circula la procesión final en torno del mismo. Los músicos hacen sonar con fuerza las trutruacas, las pifilcas y las cascahuillas. El baile se vuelve más animado, los hombres gritan umh umh umh! los jinetes corren en awün levantando torbellinos de polvo. Los curiches saltan a medio metro de altura y retrocediendo delante de la machi y ésta los sigue bailando a saltos que llegan a igual altura. Golpea muy seguido el cultrún y canta con voz llorona y entrecortada por el hipo que se vuelve más frecuente e intenso. Al fin está bañada en sudor. Está temblando con todo el cuerpo. La cabeza se reclina cansada hacia los hombros. El tambor se le escapa de las manos. Sus brazos se agitan, la cara toma una expresión de espanto. Pierde el equilibrio y cae en brazos de sus ayudantes. Los curiches se precipitan para sostenerla, le soplan en la cara le aplican los bastones rituales sobre el pecho y gesticulan con sus sables para ahuyentar al espíritu del mal, pues éste es el momento solemne durante el cual la vidente conoce el resultado del nguillatun y la acogida dispensada por Ngueneche a las súplicas de los araucanos presentes.

El éxtasis de la machi puede prolongarse por varios minutos. El Nguenpin, los curiches y demás asistentes se esmeran en multiplicar los signos mágicos con sus sables sobre la cara y el cuerpo de la machi. Cuando vuelve en sí se halla muy agotada. Le secan el sudor y esperan ansiosos la relación de su visión. Declara que el dominador de la tierra está contento de sus hijos porque le han celebrado nguillatun y que se ha dignado escuchar favorablemente sus súplicas. Esta declaración es recibida con saltos de alegría y otras manifestaciones de regocijo. La machi da por terminada la ceremonia. Se le acercan por todos lados para congratularla del buen desempeño de su misión y le narran las particularidades que más han contribuído a dar solemnidad a la ceremonia.

La comida que sigue al nguillatun tiene las proporciones de un gran banquete. Algunos miembros de cada familia se han turnado durante la

ceremonia, al abrigo de la ramada, para preparar los alimentos, pelar y cocer el mote y las papas, asar la carne de las víctimas y llenar los cántaros de muday. En este día de abundancia las provisiones alcanzan para todos: organizadores, invitados y forasteros atraídos por la novedad. Los caciques, los machis, los curiches y el trañpun reciben una ración en relación con el papel muy especial que han desempeñado.

Amenizan la comida con bailes, cantos al toque de la trutruca, chistes y discursos de modo que se prolonga hasta la tarde. Si el licor es abundante la fiesta continúa toda la noche y degenera en borrachera y riñas.

El nguillatun, así como las otras ceremonias araucanas, se celebra con pequeñas diferencias rituales en las distintas regiones y en los mismos lugares, según lo que los mapuches quieren conseguir. Entre las reducciones del lago Budi aparecen dos bandos bien distintos en los nguillatunes: los organizadores y los invitados. Los primeros van al encuentro de los otros y les hacen los honores de la fiesta con un ceremonial pomposo. Dan menos importancia a las funciones de la machi y carecen de curiches. Los mapuches de Villarrica y Loncoche arrancan el corazón palpitante de las víctimas, lo elevan hacia el cielo y rocian la tierra con la sangre caliente.

Cuando los indígenas de Lanalhue piden lluvia se visten todos de negro y levantan en lo alto del rehue una bandera del mismo color. Uno de los mocetones sube al cerro vecino más alto para pedir de más cerca al dominador de los hombres la lluvia, mientras los otros celebran la ceremonia en las lomas. Para conseguir el buen tiempo después de las lluvias prolongadas se visten de blanco. El jefe de ceremonia llamado nguempin, en otras regiones es conocido entre ellos con el nombre de trañpun. A pesar de estas diferencias locales el nguillatun conserva en toda la Araucanía su caracteres esenciales de ceremonia principal mediante la cual tributan a la divinidad el culto supremo. Su sacrificio comprende la ofrenda e inmolación de las víctimas con la participación de los presentes en comer la carne de las mismas.

De los cuatro fines del sacrificio, se distinguen dos bien claramente: la adoración y la impetración; el agradecimiento y la expiación son menos aparentes.



Fig. 2
Las machis descansan durante un ñecurechuen.



Fig. 1
Machi de Lanalhue subiendo al rebue.



Fig. 3
Una fase del baile



Fig. 4
Dos *machis* curando a un enfermo al aire libre



Fig. 5
Baile al pie del *rehue*



Fig. 6
Sacrificio de animales



Fig. 7

Ofrenda de la sangre de las víctimas a Ngueneche, dominador de la gente



Fig. 8

Los *curiches* y la *machi* dan vueltas rituales alrededor del *rehue*



Fig. 9
Ofrendas al pic del *rehue*



Fig. 10
Descanso después de la ceremonia.